

confesión sincera, humilde y reverente, que hacemos ante el pueblo, como humilde y reverente se acerca el cristiano fervoroso ante el confesor, para que V. la recoja en unas cuartillas y publicarla.

* * *

Ya verá, V. - me decían con creciente entusiasmo los jóvenes. «En primer lugar pagaremos el tributo merecido á la ciencia, la literatura y el arte, como apasionados amantes suyos; después los intereses morales y materiales de nuestro pueblo; esto último sobre todo.

Nuestro semanario será modesto, pero serio; severo acaso, pero justo; daremos á cada cual lo suyo; nunca será cartel de provocación y desafío, y menos todavía sacaremos, como en pública subasta, nuestros vicios y defectos, sino con prudencia y para corregirlos, como dicen los moralistas, *suaviter in modo, fortiter, in re* no servirá á nadie de trampolín para escalar alturas y posiciones; no injuremos á nadie; aunque quisiéramos, no sabríamos hacerlo; no lo veda nuestra educación; seremos parcos en el elogio y discretos en la censura, porque el elogio desmedido acusa lisonja y la censura sistemática malignidad. Seremos, en una palabra, los sembradores, no de odios y pasiones, sino de ideas en nuestro pueblo, necesitado, ahora más que nunca, del esfuerzo de todos y del sacrificio generoso de sus hijos.»

—¿Satisface á V. nuestra confesión? ¡Oh, mucho!—Pues aún le diremos más.

*

Los que estudian superficialmente la psicología de nuestro pueblo, pero sin ahondar en su entraña, creen que este baja y baja, se hunde y perece. No participamos de tan sombrío pesimismo.

Creemos, sí, que su presente estado no es bueno; pero no es de estancamiento y mucho menos de retroceso, no; es un alto que, como los ejércitos en marcha, después de largo bregar y duro combate, Valdepeñas hace para reponer sus fuerzas; un enfermo que necesita de larga y perseverante convalecencia. Nosotros le haremos andar.

Crean otros que la total y absoluta renuncia de los de arriba, de la clase directora, eh la vida ciudadana, los egoísmos de la de en medio y la incultura de los de abajo, ha precipitado á Valdepeñas por la pendiente del desastre y de su ruina. Nosotros afirmamos que nuestro pueblo es, sí, una víctima inmolada por nuestras pasiones y egoísmos, y, por nuestra indiferencia y opatía, tiene paralizados sus robustos brazos y su noble corazón. Pero esto pasará. ¡Que todavía, para disha del hombre y gloria de la Humanidad, ésta y aquél conservan en

su alma, ese *quid divinum* que llamamos conciencia, que los separa y diferencia del bruto, y que, por una escala ascendente y misteriosa, van, de lo inconsciente á lo conocido, de lo limitado é imperfecto á lo perfecto y absoluto, del mal al bien, de las tinieblas á la luz, del error á la verdad, á Dios, su euma, suprema aspiración del alma humana.

* * *

Solo los pueblos decadentes, los que han perdido su fé en Dios y en el trabajo fecundo que redime al hombre y á los pueblos, en las postimerías de su vida, son los que para resolver sus contiendas y dificultades, erigen en regla de conducta y de vida el «que se me da á mí; á mí no se me da nada», y menos aún, como idea salvadora, invocan la eficacia del Bilete del Benca y, cuando éste no basta, la *browning*, como *suprema ratio* de todas las cosas.

Esto no puede ser, no debe ser. Para que no sea, nosotros despertaremos el alma del pueblo; llamaremos á su corazón siempre noble y dispuesto al sacrificio y al perdón; crearemos lazos espirituales de tolerancia, respeto y amor entre todos; avivaremos los afectos del alma que, cuando son puros y hondamente sentidos, como todo lo espiritual, carecen de límite y de medida; son eternos.

Porque nosotros, - que lo sepan nuestros paisanos, - se lo confesamos: no queremos morirnos sin ver regenerado y grande á nuestro pueblo; porque nosotros tenemos ansias, vivas ansias, de que haya un valdepeñero-nosotros lo ayudaremos-que escale y suba al Capitolio y lo convierta en Tabor luminoso; y si hay alguno, tan insensato y loco que quiera despeñarse por la Roca Tarpeya ó arrojarse de cabeza en una inmundicia, lamentándolo, nos echaremos á un lado, y allá él con su conciencia. Nosotros seguiremos trabajando por el bien de todos, cumpliendo nuestra misión educadora, y nuestro grito será, ahora y siempre, no el airado y terrible de «¡Cain, Cain!, ¿que has hecho de tu hermano?», hizo el generoso y magnánimo de todo por Valdepeñas ¡Viva Valdepeñas!

*

Cuando el eco de la voz, apasionada y sincera, de los jóvenes que así hablaban, se apagó, un rayo de sol, suave y confortante iluminó la estancia. Los jóvenes estaban transfigurados, y yo pensaba orgulloso y decía: ¡Juventud, qué hermosa eres! ¡Tiene el privilegiado don de embellecerlo todo! Es como el [piar de los pájaros enamorados en las mañanas tempranas de Abril, alegre; como el aroma de las flores, embriaga; como un rayo de sol, conforta; y es que la juventud es energía, fé, calor,

vida, luz. ¡Juventud! ¡Bendita seas!

Queridos jóvenes, paisanos míos del alma, he cumplido mi palabra. Ahora cumplir vosotros la vuestra.

¡Todo por Valdepeñas! A trabajar y á luchar; pero á vencer.

SANTIAGO CARRASCO.

Para Longanizas extremeñas y Salamancañas, la tienda de RICARDO CAÑIZARES, Cristo, 45.

PRO CULTURA

En los pueblos como en los individuos, se encuentran en no muy perfecto equilibrio los dones y aptitudes necesarias para impulsar la actividad según exijan las circunstancias.

Algo parecido puede decirse de nuestra ciudad, que habiendo llamado la atención por sus facultades y arrestos productores, de tal amplitud que ante ella han demostrado su asombro, sociólogos de gran talla; sin embargo, disminuyen en gran escala los impulsos de intelectualidad, hasta el extremo de considerar un mal local, la poca armonía que resulta entre la potencialidad intelectual y la económica.

Esta desproporción de energías, pueden normalizarlas, los jóvenes intelectuales, que con el mayor desinterés, pero con gran tesón y sobrados alientos, se proponen con la fundación de este periódico, fomentar la cultura hasta el grado que requiera nuestro desarrollo económico.

Esta labor es altamente meritoria y mucho más en los tiempos presentes en que el egoísmo que todo lo invade y la falta de civismo hacen de nuestra época, una era vituperable en la historia.

La cultura de los pueblos contribuye en alto grado á su bienestar y engrandecimiento y tanto en las luchas económicas, como en las diplomáticas y hasta en las guerras internacionales, puede afirmarse que á la mayor cultura se decidirá siempre la cultura.

Al encontrar el radio de acción en los diferentes órdenes de la vida, las poblaciones pierden aquellos hábitos semipatriarcales que deben traducirse para no quedar atrás en una perfecta y verdadera evolución progresiva, sobre todo en el orden económico en la cooperación de las diferentes producciones, en la mancomunidad de las regiones para defender todo lo que en ellas sea esencial y para consagrar esto que parece una insignificancia precisa un fondo de cultura que indudablemente conseguirán los fundadores de MINERVA que no persiguen otra cosa que el fin generoso á que venimos refiriéndonos.